

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio 18, 15-20): *A Él lo escucharéis.*

Salmo (94, 1-2.6-7c.7d-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios 7, 32-35): *Os digo todo esto para vuestro bien.*

Evangelio (Marcos 1, 21b-28): *Enseñaba con autoridad.*

Los cristianos estamos llamados a discernir los signos de los tiempos y ver qué podemos aprender de ellos y qué podemos aportar desde la fe, para que, juntos, cooperaremos a humanizar nuestro mundo. Ahora, en estos tiempos, la capacidad de discernir está secuestrada por las estructuras políticas sociales y económicas y, es muy difícil liberarnos.

Vivimos en unos tiempos en que instituciones como la familia, la escuela, la Iglesia, que en otros tiempos marcaban las elecciones personales, van siendo sustituidas por otros condicionantes muy difíciles de discernir: son las fuerzas del “dios mercado” que marcan nuestra vida más de lo que uno cree. Esto hace que se tenga la impresión de que es uno quien decide libremente, cuando en realidad, es pura ilusión. No se puede decidir libremente, cuando uno está esclavizado, secuestrado por unas fuerzas muy sutiles: los demonios inteligentes de los que nos habla el Evangelio.

Es muy importante tomar conciencia de esta gran amenaza, no solo para el cristianismo, sino también para la humanidad, estos ídolos actuales están agazapados en nuestra sociedad llamada moderna, progresista y secularizada, y aparecen cubiertos de atractivos disfraces que los ocultan a la conciencia humana. Es muy difícil detectarlos en una situación secularizada; por eso mismo, son muy peligrosos, ya que a los ojos de la mayoría pasan desapercibidos.

La presencia de dioses disfrazados de paisano reviste hoy un peligro mayor. De aquí, un gran servicio y aportación del cristianismo a la sociedad actual iría en la dirección de rearmar la capacidad de discernimiento, necesario para desenmascarar los ídolos agazapados por los diversos rincones de la praxis. Para ello se precisan espacios de reflexión, que permitan tomar decisiones desde la libertad interior.

El evangelio de Marcos que nos acompañará a lo largo de este año, es el más antiguo, y ha sido llamado el “libro de los catecúmenos”, es decir, de aquel que se acerca por primera vez a Jesús, Marcos nos ha revelado el bautismo de Jesús. Después nos ha hablado de la llamada de aquellos que iban a ser sus primeros seguidores, y hoy nos presenta su primer milagro. **«La curación del endemoniado»**. Un aspecto muy significativo de los milagros es que son gestos que nos revelan la presencia de un Dios que se inclina con ternura ante el sufrimiento humano, y vence a las fuerzas funestas, que tanto mal están haciendo al hombre. A estas fuerzas funestas se les llama **«espíritus inmundos»**.

Jesús enseña de manera que provoca ante la gente asombro, y se dan cuenta que aquella enseñanza no era como la imposición doctrinal y normativa de los letrados, que abrumaban a la gente con cargas insoportables. El contraste es evidente. Los dirigentes tenían “poder”, pero no tenían “autoridad” ante la gente. En el caso de Jesús la cosa es exactamente al revés; no tenía “poder” sobre el pueblo, pero gozaba de una enorme “autoridad”, que seducía, atraía y entusiasmaba.

Todo esto resulta clave para entender cómo tiene que ser la autoridad en la Iglesia. En la Iglesia la autoridad es la que brota del Evangelio, no puede tener más autoridad que esa. Ahora bien, en el Evangelio la autoridad está vinculada a la ejemplaridad. Jesús tuvo influjo sobre la gente porque su forma de vivir y relacionarse con unos y con otros, sobre todo su sensibilidad ante el sufrimiento de los desgraciados fue de tal categoría humana que la gente se puso a seguirle.

Jesús nunca fue como “el sacerdote” o como “el letrado”, es decir, como hombre de poder cultural y doctrinal, sino que fue visto como **«profeta»**, el hombre que, por su forma de vivir, convencía y era escuchado. Esta forma de actuar no la toleraron aquellos sacerdotes y letrados, pues lo veían como una amenaza a su “status” y sistema. Ante la enseñanza de Jesús, la reacción de la gente es favorable, reconociéndole la autoridad de un profeta y, como consecuencia, provoca el desprestigio de los letrados.

Entre los fieles hay uno que se identifica de manera tan fanática con la enseñanza de los letrados que no tolera que la autoridad de estos se ponga en entredicho, en peligro, Marcos lo señala como estar **«poseído por un espíritu inmundo»**, es decir, una fuerza extraña al plan de Dios. El poseído es un hombre alienado por la adhesión fanática a esa ideología y sale en defensa de los letrados, del sistema.

Todo tipo de fanatismo, de fundamentalismo ata, esclaviza por una ideología, a cuyo servicio se dedican. Jesús se opone totalmente y lo libera de su fanatismo.